

legitimidad del cardenalato, concedido á Julian de Médicis, por estar tal título prohibido en los cánones á los bastardos; su carácter de candidato imperial á la Sede romana; todo lo habia olvidado, excepto los agravios, mas ó menos ciertos y mas ó menos recientes, agrandados por las pasiones de su pecho y por los intereses de su política. La ruina le cercaba por todas partes. Con tropas en el Milanesado para sostener á los Esforzas y contrastar á los imperiales; con tropas en Génova, donde sostenia la escuadra de los Dorias á sueldo; con tropas en Toscana, donde combatia, segun la tradicion de los Médicis, á Sienna; su escaso tesoro no podia ocurrir, no, á tantos dispendios, ni satisfacer tantas necesidades. Encontrábase, pues, necesitado de auxilio, y creia encontrarlo en la liga, que encabezaba y presidia. Cuando Cárlos V supo que Francisco I revocaba el tratado de Madrid, insultóle á boca llena en el rostro de su embajador, á quien dijo, que deseaba castigar á tan mal y mentiroso caballero en combate personalísimo, donde no hubiera otra efusion de sangre que la de sus mutuas régias venas. Pero cuando supo que Clemente VII se decidia de todo en todo por Francisco I, envióle á Hugo de Moncada, gobernador de Mesina, para que le disuadiese de sus propósitos y lo separara de la liga. Hugo empezó por súplicas, siguió por advertencias, pasó de las advertencias á las amenazas, y concluyó por la guerra. El mismo Cárlos V, perdida la esperanza de toda reconciliacion é inteligencia con el Pontífice, dirigióle altivas palabras y le amenazó, no solo con la convocacion de un concilio, sino hasta con la sombra de Lutero y de Alemania. Mientras tanto, aquellos Colonnas, señores feudales con mitra, que se ponian sobre la casulla la coraza, que manejaban el báculo y la espada, competidores de todas las familias pontificias, enemigos de todos los Papas que no resultaran ó sus hechuras ó sus esclavos, en perpetua guerra siempre, connaturalizados con el incendio y la matanza, despues de haber conseguido con dolo que el Papa despidiera la guarnicion de Roma, dirígensse á la Ciudad Eterna, la sorprenden, la entran á saco, violan el recinto de las sacras habitaciones, depredan los palacios pontificios, desacatan la persona de Clemente VII refugiado en el castillo de San Angelo, y desahogan así un odio secular y satisfacen una meditada venganza. Pero el Pontificado, que sufre tan grande quebranto moral en Alemania, sufre un horrible quebranto material en Italia.

La deshonra del Papa fué tanta que se vió tristemente forzado á tratar con los Colonnas, como si tratara con jefes de Estado, y á prometerles tregua, como pudiera prometérsela á cualquier soberano en ejercicio. Bien es verdad que, á semejanza de Francisco I, perjura lo jurado, revoca lo convenido, niega la palabra dada, y cobrando alientos, así que el peligro se aleja, borra de las listas del Sacro Colegio á los Colonnas y arma ejércitos destinados á castigar materialmente sus audaces desacatos. El reflexivo y sesudo Emperador, mas perseverante que audaz, meditaba en silencio, y concentrando todas sus facultades sobre un solo punto, el desquite anhelado y el vencimiento de tantas dificultades contra él amontonadas en aquella angustiosa hora de su imperio. Atento á todos los negocios del Estado; incapaz de sacrificar al mayor de los goces mundanos el menor de los deberes políticos; ocurrió, en aquel trance capaz de desalentar al mas animoso, con todos los recursos de su ingenio y con todos los medios de su poder, al enflaquecimiento de sus enemigos y á su propia fortaleza. En las costas de España equipó escuadras; en las tierras de Alemania organizó ejércitos; en la sublevada Italia captó voluntades como la voluntad del duque de Ferrara, marido de Lucrecia Borgia; en Milan procuró la calma y la tranquilidad del Condestable resentido por ciertas preferencias cesáreas; lanzó los feroces lansquenets del célebre Jorge Frunsberg sobre las llanuras de Lombardia para que amenazasen al Papa; y se precavió en Nápoles de las agresiones temibles de la liga, estando así, desde los últimos límites de España, desde la hermosa Granada, en todas las regiones y en todos los pueblos de su vasto y formidable imperio.

Hallábase por el mes de octubre de 1526 casi paralizado é inmóvil en Milan el Condestable Borbon, cuando pasaron los Alpes y corrieron en su socorro los lansquenets de Frunsberg; pero este paso, no obstante la pujanza de tales gentes, ofreció, por causa de la nieve, tales dificultades que no pudo llegar á entenderse con el Duque de Borbon y acercarse al Milanesado, sino á fines del año 1526, y despues de marchas célebres por sus procelosas dificultades y por sus terribles luchas con los hombres y con la naturaleza. Pero el Duque de Borbon, ni siquiera con este gran auxilio, podia salir de Milan, á causa de la falta completa de recursos con que mantener á sus soldados, todos mal contentos de tanta y tan inexplicable penuria, cuando eran vasallos

del dueño y poseedor de las Indias. La angustia de todos los generales españoles fué tanta en estos trances supremos que, despues de haber consumido todos sus ahorros, empeñaron todas sus alhajas; y así pudieron reunir veinte mil escudos y dar algunas pagas atrasadas, saliendo de Milan en 2 de enero de 1527. A pesar de la actividad febril del Duque de Borbon, no pudo confluir con los lansquenetes hasta el 9 de febrero á las orillas del Trebia, con cuya confluencia reunieron gran número de gente militar. Mandaba la vanguardia de este ejército y la caballería ligera el príncipe de Orange; mandaba la infantería española el marqués del Vasto; mandaba los lansquenetes alemanes el rudo Jorge de Frunsberg; mandaba las tropas italianas el jóven Fernando de Gonzaga; mandaba la totalidad el Duque de Borbon, resuelto ya en aquel instante á ir á los Estados pontificios y amedrentar al jefe de la liga; empresa tanto mas fácil cuanto que nadie le molestaba, porque el Duque de Urbino, general en jefe de sus contrarios, jamás se acercó á las tropas imperiales.

Delante de este gran peligro necesitábase alteza de miras, unidad de accion, fuerza de voluntad, entereza de ánimo, valor heróico, ideas concretas, propósitos firmes, energía y actividad incansables; cualidades todas que faltaban á Clemente VII, incierto, indeciso, vacilante, suspenso entre sus deberes de Papa y sus deberes de monarca, mas florentino que romano, mas embargado por su amor á los Estados de la Toscana que por su amor á los Estados de la Iglesia, desconfiadísimo de su propio acierto, anheloso de husmear la próxima victoria, muy audaz cuando el peligro se alejaba y muy tímido y muy trémulo en las grandes ocasiones en que se necesita el empleo de la audacia; capaz de perder las causas mas ganadas é incapaz de salir con resolucion y acierto en aquellós momentos de suprema crisis del cúmulo de dificultades que su personal torpeza condensara sobre su frente. En tal apuro no se le ocurrió mas que dirigirse por medio de su Nuncio á Francisco I y conjurarle para que corriera en su auxilio. Francisco I, largo en prometer, ofrecia miles de escudos, flotas cargadas de recursos pecuniarios y de pertrechos militares, legiones suizas alistadas ya en los cantones, socorros del Rey de Inglaterra, envió de sus propios gentiles hombres, su presencia si era necesaria en Italia; mas, apenas habia el aire recogido estas palabras, cuando ya se borraban de

su memoria, y tentándole como á nadie el placer, ni allegaba las prometidas riquezas, ni equipaba las flotas, ni ponía en pié de guerra los suizos, ni sacaba recursos al Rey de Inglaterra, partiéndose de caza por los campos, bailando en los castillos, divirtiéndose á todo divertirse, mientras Borbon avanzaba y Colonna cogía á Pontecorvo y el Virey de Nápoles entraba en los Estados Pontificios y la Italia entera se veía de nuevo á merced del Emperador y del Imperio.

Viendo la desercion del Rey de Francia, el veleidoso Clemente VII cayó en la debilidad de tratar nuevamente con el Rey de España. Pablo de Arezzo se personó en la corte de Carlos V; y César Fieramosca en la corte de Clemente VII para procurar una inteligencia entre el Pontificado y el Imperio. Y llegó la inteligencia. Clemente VII aceptó como válidas las cláusulas del tratado de Madrid, que antes rechazara, y hasta se decidió á entregar en prenda Parma, Plasencia, y otras ciudades pontificias con tal que el Emperador arrojase de la Península prontamente á los feroces lansquenetes germánicos. Imposible hallar otro hombre de la indecision de Clemente VII. Así fué que, en cuanto los cardenales supieron este nuevo pacto, lo rechazaron unánimes en solemne consistorio; y en cuanto lo supieron los venecianos, enviáronlo, indignados, á Francisco I. Este, que debia haberlo previsto, y atribuirlo en gran parte á su propia desidia, irritóse, y fuera de sí, llamó al Nuncio de Roma á su presencia y le reconvino con dureza, diciéndole que el Papa en su incertidumbre llegaria bien pronto á convertirse en simple capellan de Carlos V. Lo que Clemente VII deseaba en su angustia era una tregua; y lo conseguido con su reconocimiento de las cláusulas del tratado de Madrid, una tregua fué. Pero los movedizos tienen tal facilidad de aterrarse como de complacerse; y en el dia mismo, en que, á consecuencia del convenio entre Carlos V y Clemente VII, la duracion de tal tregua iba de comun acuerdo á señalarse, ganó el general de la Iglesia, Viteli, una batalla en Frosinone sobre las tropas españolas; y alentado Clemente VII por este apenas creible suceso, no solo se desdijo de cuanto dijera, no solo revocó cuanto pactara, sino que, ebrio de alegría, creyendo ya roto el poder de España y vencido al Emperador, dió apremiantes órdenes de continuar la guerra y propuso á los suyos la rápida é inmediata conquista del reino de Nápoles, en cuyo trono pensaba

poner, despues de haberlo casado con su pariente Catalina de Médicis, á uno de los hijos de Francisco I.

A pesar de las nuevas prendas dadas por Clemente VII á la liga de Cognac; y á pesar de las nuevas protestas hechas á favor de la alianza y de la amistad con Francisco I y Enrique VIII, Cárlos V, que conocia á fondo la inconstancia y la inconsistencia del Papa, diputóle un embajador, para que le presentara nuevas proposiciones y le atrajera decididamente á su partido. El Papa, que se veía entre las promesas nunca cumplidas de los franceses y las amenazas cada día mas inminentes de los imperiales, pactó, dejándose llevar de miedo, su natural inspirador, y de las ondulaciones de su idea y de su voluntad, una nueva tregua, que debia disgustar á todo el mundo, como esos términos medios, que á nada conducen. Sin desarmar la cólera del Condestable Borbon; sin detener la marcha del ejército imperial; Clemente VII disgustaba como siempre á sus amigos los venecianos y los franceses, quedándose en medio de todos como un cuerpo muerto, á quien combaten y arrastran dos encontradas y tormentosas olas. Lo peor del caso era que la nueva concordia y la reciente tregua debíase al Virey de Nápoles, irreconciliable adversario del Duque de Borbon, el cual nunca le perdonara el haber arrancado la régia presa de Pavía, poco despues del combate, á sus manos, las cuales llevaban casi un cetro, al llevar la espada del supremo generalato en Italia. Cuando Fieramosca se presentó al Condestable y le dijo el nuevo pacto convenido con Clemente VII, reconvínole el Condestable por su ligereza y le anunció que no habia medio alguno de imponer concordia semejante á su ejército, decidido á marchar hácia adelante y á obtener del saqueo y del botin los sueldos atrasados y detenidos por la penuria del erario español y por los apuros de Cárlos V. En efecto, el ejército se encontraba detenido cerca de Bolonia, resuelto á lanzarse desde aquella encrucijada de la Italia central, ó bien sobre los Estados oficiales del Papa ó bien sobre su tierra predilecta, sobre la tierra de Toscana. Agotados todos los recursos, no habia medio alguno en verdad de detener aquella gente indisciplinada, que corria sobre el suelo de Italia con la misma inevitable fatalidad de los elementos. Cuantas esperanzas de recursos abrigaran, salieron fallidas. Lo poco que el soberano de Ferrara envió, acababa de gastarse. Las tropas veian caerse á jirones sus

vestiduras desgarradas por la miseria y demacrarse sus cuerpos enflaquecidos por el hambre. Las lluvias, semejantes á diluvios, les penetraban hasta los huesos, y hacian temblar á quienes jamás temblaron al miedo. Así, sus propias guardias corrieron á la tienda del Condestable y la saquearon, yendo en su furor hasta amenazar al general, quien hubiera indudablemente muerto, hecho mil pedazos, de no ponerse en cobro. Jorge Frunsberg, que le dió asilo, gloriábase de que sus lansquenets no imitarian el proceder de los sublevados, cuando oyó rumor de muerte; y se encontró á su vez circuido de una encrespada sublevacion. El austero veterano apenas daba crédito á sus propios ojos; y perturbado y dolorido llamaba hijos suyos á sus subordinados en armas y les conjuraba con ternura de madre á que depusiesen sus iras y confiasen todos en la próvida justicia del Emperador. Ninguno de aquellos, que le seguian á todas partes, prestóle oido, antes bien, á medida de las súplicas, crecieron las injurias. El general, en tanto grado lo sintió, que se cegaron sus ojos, se doblaron sus piernas, se desvaneció su cabeza, cayendo muerto á un ataque de apoplejía sobre sus tambores, con la majestad de la encina derribada por el hacha en las seculares selvas. No hubo mas remedio que enviar por dinero á Ferrara; distribuir un ducado por cabeza; y prometer á la codicia militar el saco de Roma ó de Florencia.

Nadie podria pintar con exactitud el terror que tal noticia engendró en el tímido Clemente VII. Sus angustias se asemejaban á los estertores de la postrimer agonía y á los asomos de la muerte. Ganado por una confianza tan súbita y fuerte como la desconfianza de otros dias, licenció todas sus tropas, y se quedó en Roma con una guarnicion que apenas contaba dos mil hombres. En lo terrible de su apuro conjuró al Virey de Nápoles á que le acorriese, y le envió con un legado suyo á Florencia para que la opulenta y artística ciudad allegase y reuniese dinero con que conjurar la catástrofe. Los florentinos, comprendiendo cuánto podian sufrir bajo aquella inundacion, se apresuraron á reunir cuantiosas sumas, vendiendo y empeñando hasta los vasos sagrados de sus iglesias. Merced á estos sacrificios juntaron cien mil florines y fueron á entregarlos al Condestable Borbon, diciéndole que mas tarde le darian cuarenta mil, suma en que habian calculado el precio de su retirada. El Condestable, que seguia y no mandaba en realidad su